



Han, Byung-Chul (2019), *Loa a la tierra. Un viaje al jardín*. Herder. 186 páginas.

Loa a la tierra. Byung Chul Han y su diario de jardinero

Bernabé Tolosa¹

Podemos decir que Byung Chul Han ha propuesto toda una obra que dialoga entre sí. En cada uno de sus libros, sus ideas se remiten, se amplían y se desarrollan en juego con la temática de cada texto nuevo, pero sin olvidar su crítica al sistema capitalista y a sus nuevas técnicas de poder que someten al ser humano a un método de dominación nuevo, transformando a la sociedad en un grupo de personas con trastornos neuronales que provocan hiperactividad y pérdida de ciertos rasgos vivenciales.

Uno de sus libros, *Loa a la tierra* (2019), parecería quedar afuera de esta línea. Pero leído en detalle, quizás, sea una de las respuestas que ensaya el filósofo coreano para este estado de situación en que se encuentra el mundo y el ser humano.

En *Loa a la tierra*, Han cuenta la relación que mantiene con su jardín al que llamó *Bi Won*, Jardín secreto. Producto de cierta necesidad por el contacto con la tierra, el pensador descubrió la instancia de una meditación silenciosa y un demorarse en el

¹ Es periodista y profesor en Lengua y Literatura. Es docente en las cátedras Discurso Audiovisual y Autogestión de la Tecnicatura Universitaria en Comunicación Audiovisual – FAUD de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

silencio. Para Han, el trabajo de la jardinería es un trabajo que hace que el tiempo se detenga. Presenta a la tierra no como un ser muerto y mudo, sino vivo. Ella es frágil y hoy la explotamos y la destruimos. Debemos cuidarla, es una obligación (como con todo lo bello), deja leer en el texto y busca tanto devolverle la dignidad de lo bello como redescubrir la poesía. Por su extrañeza y por su belleza. La tierra es enigma, misterio y magia. Cuando solo se la piensa y ve como un recurso para explotar pasa a ser otra cosa invisible, comienza diciendo en su texto:

“El trabajo de jardinería ha sido para mí una meditación silenciosa, un demorarme en el silencio. Ese trabajo hacía que el tiempo se detuviera y se volviera fragante. Cuanto más tiempo trabajaba en el jardín, más respeto sentía hacia la tierra y su embriagadora belleza. Desde entonces tengo la profunda convicción de que la tierra es una creación divina. El jardín me transmitió esta convicción, es más, me hizo comprender algo que para mí se ha convertido en una certeza y ha asumido carácter evidencia. «Evidencia» significa originalmente ver. He visto...” (pp. 11-12)

En el libro, Byung Chul Han cuenta cómo va dándole forma a su jardín. Describe la sensación del contacto con la tierra, con raíces antiguas y desconocidas. Refiere también al cansancio corporal y al sentir en las manos de todos esos otros elementos. Eso le provoca redescubrir que tenemos un cuerpo, algo que el mundo digital tan avanzado hoy en día, nos lo ha quitado.

Un jardín es rico en sensibilidad. Tiene más mundo que una pantalla y el tiempo se percibe de otra forma (su otro gran descubrimiento, el tiempo). El invierno es lento y se vuelve eterno. El otoño parece lejano y el verano más. En primavera se revive. Cada planta tiene su propio tiempo que no puede ser controlado por el ser humano. Un jardín invernal es un lugar romántico, la apariencia romántica de lo infinito. Es toda potencialidad, hasta que en primavera se revive. El ser humano no tiene primavera, sostiene Han. Nacemos y morimos. No revivimos. Estamos condenados. Por eso, él envidia a las plantas. Los seres humanos envejecemos sin poder renacer.

El filósofo muestra a la tierra como una fuente de dicha, el jardín como un lugar de interpelación. Un regreso que lo hace dichoso, porque el jardín lo aleja de su ego, le pide su preocupación. Es un lugar del amor, un lugar de redención de lo distinto. El mundo digital hace que la tierra desaparezca. Nos volvemos ciegos para lo distinto porque el dato lo vuelve todo comparable. Lo digital elimina la realidad y cada vez se aleja más de ella.

Entonces, el jardín es el bien más bello porque recupera la realidad. Es un lugar de silencio, crea silencio, donde hay que estar a la escucha.

En el transcurrir del texto, Han toma del filósofo alemán Theodor Adorno que la música de Schubert hace brotar las lágrimas del ojo sin preguntar al alma. Al escucharla, lloramos sin saber por qué. La música de Schubert, dice Adorno, conmueve al yo y desencadena un llanto prerreflexivo. (29) Esas lágrimas hacen que el yo renuncie a su superioridad y tome conciencia de su condición de naturaleza. Por eso el ser humano debe regresar llorando a la tierra que es el polo opuesto al sujeto. Las lágrimas que brotan con ella recuperan el yo de su encarcelamiento.

Han ha logrado un texto bello, poético y saludable. Así como él se llenó de paciencia con su jardín y lo vuelve un espacio de redención, su escrito provoca en las y los lectores la sensación de compartir aquel jardín. Reconocer los nombres de cada planta, su esencia, dice él, y volver también al estar dispuesto al silencio, ese mismo que nos permite escuchar, una vieja costumbre perdida también. “Hoy tenemos mucho que decir, mucho que comunicar, porque somos alguien. Hemos perdido el hábito tanto del silencio como de callarnos. Mi jardín es un lugar del silencio. En el jardín yo creo silencio. Estoy a la escucha, como Hiperión” (144) sostiene.

Loa a la tierra es mucho más que un ensayo. Disfrazado de confesiones, Han reflexiona todo el tiempo sobre la renovación de la vida y la búsqueda de lo más importante: pensar dónde estamos y qué hacemos de nosotros mismos.

Siguiendo algunas meditaciones de Heidegger, el filósofo reflexiona sobre ese espacio de recogimiento y sobre la idea de serenidad. Con su propia experiencia quiere problematizar y empujarnos a pensar cierta posible conexión con otros, partiendo de lo más propio y cercano. Han plantea: “(...) con el jardín voy aprendiendo lentamente qué significa brindar asistencia, preocuparse por otros. El jardín se ha convertido en un lugar del amor. El tiempo del jardín es un tiempo de lo distinto” (25)

Podemos referenciar tres grandes apartados en el libro. El primero, en el que Han repasa conceptualmente la suerte de la tierra, el tiempo y el propio jardín. Un segundo apartado en el que recorre ciertas plantas que señalarán el pensamiento sobre el vínculo entre ellas y lo humano, para llegar a un tercero donde están sus propias experiencias de cuidado del jardín.

“La anémona azul como palabra de fe y de luz se opone a la nada invernal. Aunque parece tan delicada, tiene en sí algo heroico. Pero a diferencia de Gottfried Benn yo no diría que la tierra carece por completo de bondad. La tierra no solo es bondadosa, sino, además, generosa y hospitalaria. Incluso en pleno invierno engendra una vida que florece soberbia” (60) apunta. La búsqueda de vida en pleno invierno lo lleva al inicio de su actividad. Fue lo buscado, es lo que descubre en su *Bi-Won*.

Han nos acerca a Immanuel Kant:

El jardín posibilita una intensa experiencia temporal. Durante mi trabajo en el jardín me he enriquecido de tiempo. El jardín para el que se trabaja devuelve mucho. Me da ser y tiempo. La espera incierta, la paciencia necesaria, el lento crecimiento, engendran un sentido especial del tiempo. En la Crítica de la razón pura, Kant describe el conocimiento como una actividad remunerada. Según Kant, el conocimiento trabaja por una «ganancia realmente nueva». En la primera edición de la Crítica de la razón pura, Kant habla de «cultivo» en lugar de «ganancia». ¿Qué motivo pudo haber tenido Kant para reemplazar «cultivo» por «ganancia» en la segunda edición? Acaso «cultivo» le recordara demasiado a Kant la amenazadora fuerza del elemento, la tierra, la incertidumbre y la imprevisibilidad inmanentes a ella, la resistencia, el poder de la naturaleza, que habrían incomodado sensiblemente el sentimiento de autonomía y libertad del sujeto kantiano. El asalariado urbanita podrá desempeñar su trabajo independientemente del cambio de las estaciones, pero eso le resulta imposible al campesino, que está sujeto a su ritmo. (26)

El pensador coreano piensa más allá del Yo psicológico y provoca una resistencia frente a aquello que propone el sistema capitalista.

Loa a la tierra estimula a una experiencia de lectura distinta. No es un libro académico y no busca tampoco ser un ensayo. Pero simula todo esto. Debe ser leído lentamente, pausar en cada palabra y en cada nombre. No quiere decir esto que sea difícil o su trama compleja, por el contrario, esto posibilita un cierto ánimo de reflexión muy bello, muy poético y muy paciente.

Esperar es el modo temporal del jardinero. Por eso su loa va dirigida a la tierra venidera y no a la actual. Pero, a pesar de eso, el filósofo escribe para los lectores y lectoras de hoy. Su obra es del y para el presente. El lugar y lo que provoca el jardín no es el punto final, sino la actitud incompleta de la contemplación.

Cierra el propio Byung Chul Han: “La tierra es bella, e incluso mágica. Deberíamos respetarla, tratarla con esmero, e incluso alabarla, en lugar de explotarla tan brutalmente. Lo bello nos obliga al respeto y al esmero. Lo he aprendido y experimentado.” (177)